LA UNIDAD DEL PUEBLO DE PRESA

Un amigo mío, germanófilo, o más bien, germanizado, me hacía notar la admirable disciplina con que el pueblo alemán ha sabido ahogar durante cuarenta años sus disensiones intestinas, si es que las tiene, en aras del engrandecimiento de la patria.

«Vea usted—me decía—, mientras en Francia y en Inglaterra han estado a punto de llegar a la guerra civil, los unos por el *affaire* Dreyfus y los otros por el *home rule* de Irlanda, mientras franceses e ingleses y rusos no han hecho sino disputar en necias disputas interiores, civiles, y proclamar a los cuatro vientos los males de sus patrias respectivas, los alemanes sacrificaban sus reivindicaciones políticas al propósito de ejercer su hegemonía en el mundo».

Y a mí, al contrario de mi amigo, me parece ver en eso mismo la más clara prueba de la superioridad cultural de los ingleses, rusos y franceses, sobre los alemanes. El que el *affaire* Dreyfus hubiese roto por algún tiempo la unidad moral de Francia—esa unidad tan pronto y tan noblemente rehecha ante el peligro y el enemigo comunes—no es sino una prueba de la superioridad espiritual del pueblo francés, de su respeto por la personalidad humana. Un pueblo que así discute la falibilidad de los fallos de un tribunal militar y que rechaza las viciosas aplicaciones del peligrosísimo principio de *salus populi suprema lex est*, es muy superior a un pueblo de espías. Cierto es que el último y más bajo grado de abyección a que un pueblo puede rebajarse es a convertirse en un pueblo de espías.

Mal patriota, muy mal patriota será quien no sienta en vivo los humanos límites del patriotismo; cómo le limitan de un lado el respeto a la individualidad y de otro el respeto a la humanidad. Un caso como el de ese desgraciado alemán que, habiendo sido profesor en un instituto de enseñanza inglés, se va a los Estados Unidos a maldecir y calumniar al pueblo que le ha mantenido y honrado, no es un caso que honre a pueblo alguno. Más bien demuestra que de la misma madera se hacen el tirano y el esclavo. Para eso no valía la pena de haber inventado aquello del *Welkbürger*. Y ello parece dar la razón a aquel dicho que se atribuye, no sabemos con qué razón, al difunto rey Eduardo VII, que dicen que decía de su sobrino, el Káiser, que no era un *gentleman*. Diríamos más bien un hombre, un hombre hecho y derecho, entero y verdadero. Y es que esos hombres, por empeñarse en superar a los otros, en ser sobrehombres—o *Uebermenschen*, pues esto es, gracias a Dios, intraducible—se han quedado en alemanes. Por querer encaramarse sobre lo genérico se quedan en lo específico. Lo que no está mal a un pueblo de especialistas.

Tiene razón G. K. Chesterton cuando en sus «Cartas a un Viejo Garibaldino» nos dice que tenemos que defender, contra esa pretendida raza superior, hasta nuestras querellas y disensiones íntimas, y sostiene que nunca fueron los pueblos más verdaderamente grandes que cuando lucharon dentro de sí. Como nunca es más grande un individuo que cuando riñe empeñadas batallas en el palenque de su propia conciencia. Ya me temía yo que todo aquello del juego íntimo de las contradicciones de Hegel—uno de los padres espirituales del imperialismo germánico—no era más que puro artificio dialéctico. Del mismo modo que no es sino pura pedantería el pesimismo de Schopenhauer. Para lo que basta fijarse en que este egoísta burgués prusiano que pretendió pesar los dolores, para cotejarlos con los placeres, como se pesa patatas o bombas, no sintió nunca el tedio, el terrible tedio que atormentó a un Leopardi, a un Jenancour, a un Mathew Arnold. El burgués prusiano no sintió más que el dolor.

Sería terrible cosa que ese pueblo de presa, unido y unificado para lanzarse sobre los demás, lograse su propósito de dictar al mundo la diferenciación del trabajo social y organizar a Europa, que, según el profesor Ostwald, está por ser organizada y, naturalmente, por ellos. Y organizar el mundo a la alemana sería, ¡claro está!, convertirlo en una máquina. «La tarea general de la civilización consiste en obtener, para las energías que hay que transformar, coeficientes de transformación lo más ventajosos posible. De esta manera tan elevada define el progreso el mismo profesor Ostwald, en el capítulo último de su obra *La Energética*. El criterio es del más grosero materialismo—él diría monismo—de fines del siglo XIX.

No; la unidad de un pueblo de presa no demuestra la superioridad moral de ese pueblo. Es la disciplina de una partida de bandoleros. Ni el cuartel ni el convento pueden ni deben ser ideales de una sociedad civil, es decir, civilizada. Son preferibles los mayores males de las verdaderas democracias. El lector que haya leído la *Historia de Grecia*, de Jorge Grote, recordará sin duda la noble, la nobilísima defensa que este liberal inglés hizo de la democracia, y aun de la demagogia ateniense, frente a los que la vilipendiaban para exaltar al espartanismo.

No; el hormiguero, por muy perfecto que sea, no es un ideal humano. Y si un alemán, el profesor Natorp—¿pero es que hay alemán conocido que no sea profesor en algo, siquiera en milicia?—ha dicho que el individuo no es, como el átomo, más que una abstracción; nos ha enseñado con ello que aquel Yo

Concluye en la página 12.